

Salve, ¡o divina flor! tu encanto presta
Al arpa que decir tus glorias osa,
Y tu virtud y tu beldad proclama,
Y noble reina del jardín te llama.

Yo te miro nacer donde resbala
Sonante arroyo entre guijuelas de oro:
Brotas humilde entre la verde gala,
Creces oculta, espléndido tesoro.
El aroma dulcísimo que exhala
Tu cáliz, lleva el céfiro sonoro,
Y entre la rosa y el clavel ardiente
Hay quien tu aroma delicado siente.

Y si bajo las hojas maternas
Te hallan en sabia oscuridad envuelta,
Mira la luz tus gracias virginales,
De tu tallo sutil la gracia esbelta;
No á fascinar los corazones sales
Como la rosa altiva y desenvuelta:
Bella, débil, modesta, halagadora,
¿Quién es el que te mira, y no te adora?

Crece, ¡o tímida flor! do quiera veas
Latir de amor un corazón sensible,
Emblema dulce de su fuego seas,
Su amada como tú, bella, apacible;
Y pues de Flora el reino enseñoreas,
Y yo canté tu triunfo bonancible,
El aura que tu bálsamo respira,
Hiera también las cuerdas de mi lira (1).

Sevilla, 1834.

(1) Esta composición se publicó en Madrid, en el periódico titulado *el Artista*.

ARJONA

(DON MANUEL DE) (1).

Nació en Osuna en 12 de junio de 1761, y estudió en aquella universidad y en la de Sevilla la filosofía, jurisprudencia civil y canónica, recibiendo sus grados en estas facultades. Fué luego colegial mayor de Santa Maria de Jesus de Sevilla, doctoral de la real capilla de San Fernando de esta ciudad, y canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba. Su instrucción en los idiomas sabios, especialmente en el griego, su talento y afición para las humanidades y otros ramos de literatura, le abrieron entrada en casi todos los cuerpos literarios de estos pueblos y en algunos de la corte: en Sevilla fué uno de los mas estimables individuos de la academia de Letras humanas, de que daremos noticia adelante; en la cual leyó gran parte de los versos que publicamos. En 1797, siendo doctoral de la capilla de San Fernando, acompañó al señor arzobispo de Sevilla don Antonio Despuig y Dameto en su viaje á Roma, y fué nombrado por la santidad de Pio VI su capellan secreto supernumerario. Murió en Madrid á 25 de julio de 1820. Ha dejado inéditas muchas poesías y memorias académicas sobre humanidades, historia eclesiástica y derecho canónico, la *Historia de la Iglesia Bética*, y una defensa é ilustración latina del Concilio Iliberitano.

SONETOS.

I.

A CIGERON.

Pende en el foro, triunfo de un malvado,
La cabeza de aquel que la ruina
Evitó á Roma, muerto Catilina,
Y padre de la patria fué aclamado.

(1) La publicación de estas poesías, de las de don Josef Roldán y don Francisco de Castro, se debe á la amistad y celo del señor don Félix Josef Reinoso, que en obsequio del arte y de la memoria destes escritores, que fueron también amigos suyos y compañeros de estudios, se ha tomado el trabajo de entresacarlas de la muchedumbre confusa de borradores informes y mal escritos en que los tres poetas dejaron sus versos al morir, y las ha comunicado al colector, dispuestas y preparadas para la prensa en la forma que ahora se publican: las noticias biográficas que las acompañan son igualmente suyas. (Nota puesta por el señor Quintana á su *Tesoro del Parnaso español*, del que extractamos las composiciones de este autor y las de los otros dos que cita en ella.)

La ve el pueblo en los Rostros conturbado,
Y un mudo horror los ánimos domina :
En los Rostros , do aquella voz divina
Fué de la libertad muro sagrado.

¡O Ciceron! si tantos beneficios
Paga tu ingrata patria de esta suerte,
¿Cómo espera magnánimos patricios?...

Mas ¿qué importa el morir? Témate, ¡o muerte!
Los viles siervos del poder y vicios,
Pero el sabio ¿qué tiene que temerte?

II.

AL AMOR.

Sufre las nieves , sin temer al frío,
El labrador que ocioso no pudiera
De la dorada mies cubrir su era
A la llegada del ardiente estío.

No recela el furor del noto impío,
Ni la saña del Ponto considera
El mercader, que á la vejez espera
Descanso lisonjero aunque tardío.

Muger, hijos y hogar deja, y cubierto
El soldado de sangre, en suelo extraño
El honor de su afan contempla cierto.

Solo yo, crudo amor, busco mi daño,
Sin esperar mas fruto, honor ni puerto
Que un costoso y estéril desengaño.

III.

EL AUTOR A SI MISMO.

Cansada nunca de tu vano intento
Corres, barquilla, el piélagos espumoso,
Y tu piloto sufre temeroso
Del aquilon el ímpetu violento.

Neptuno te presenta fraudulento
Mansas las iras de su reino undoso,
¡Cuitada! porque dejes tu reposo
Y luego llores del instable viento.

Al mar no vuelvas, misera barquilla;
Acógete por fin escarmentada
Al ocio blando de la quieta orilla.

Que si á nave real, de horror cargada,
Neptuno la orgullosa frente humilla,
¡Ay! tú serás por burla destrozada.

IV.

A ALBINO.

Hallar piedad con llantos lastimeros
Entre los hombres Arion intenta,
Y le es mas fácil que un delfin la sienta,
Que no los despiadados marineros:

Pues rendido á sus trinos lisonjeros
Benigno el pez al jóven se presenta,
Y en su espalda la noble carga ostenta
Que arrojaron sus necios compañeros.

¡Ay, Albino! conócelo algun dia,
Ni mas el plectro con gemidos vanos
Intente ya domar la turba impía.

No se vencen así pechos humanos:
Busquemos en los tigres compañía,
Y verás que nos son menos tiranos.

CANTILENAS.

I.

Envidia tuvo Vénus
De mi gentil zagala,
Y quiere que Cupido
Se apreste á la venganza.
Al punto el dios flechero
Bate las raudas alas,
Y el aire centellea
Al fuego que derraman.
El arco poderoso
Le suena á las espaldas:
El arco que á los cielos
Enciende en nuevas llamas.
Al pié de un bello mirto
Dormida encuentra á Anarda,
Y mas veloz que el rayo
Desciende á castigarla.
Ya sobre el arco fiero
Flecha cruel prepara,
Y ya la cuerda encoge,
Y ya la mano aparta.
Cuando del blando sueño
La ninfa se desata,

Y abre los bellos ojos,
Que el bosque todo inflaman.
Atónito Cupido
Dejó caer la aljaba,
Y largo tiempo incierto
Mirándola se para.
Al fin vuela atrevido,
Y á la pastora abraza,
Y en ojos, boca y pecho
Sus labios embalsama.
Y del materno mirto
Tejiendo una guirnalda,
Las sienas hermosa
De la pastora ufana.
¿Es este, dios altivo,
Tu enojo contra Anarda?
¿Tus iras y furores
Una beldad desarma?
Si así tus bellos ojos
Al mismo Amor encantan,
¿Qué harán, zagala mia,
Qué harán ¡ay! en mi alma?

II.

A FILIDA.

Viendo el Amor los males
Que sus heridas causan,
Airado mas que pio
Tira el arco y la aljaba.
Detras de unos rosales
Filida lo repara,
Y luego se apodera
De las divinas armas:
Filida que se atreve,
Altiva de sus gracias,
A disputar á Vénus
El imperio y la fama.
El yerro Amor advierte
De su piedad incauta,
Y ser él mismo espera
Víctima desgraciada.

Y solo algun remedio
A sus temores halla,
Estableciendo un pacto
Con la gentil zagala:
Que ella el arco volviese,
Pero que Amor quedara
A Filida sujeto,
Su nueva soberana.
Filida, pues su reina
Amor ya te declara,
Por diosa yo te adoro
Rendido ante tus aras.
Serás, Vénus del Bétis,
Retrato de la Idalia,
Pues la beldad te sobra
Y la piedad te falta.

III.

EL AMOR NOBLE.

Quien en tu semblante hermoso,
Quien en tu noble mirada
Con respeto no se agrada,
No sabe lo que es amar.
Noble y bella como el cielo,
Como él arrobas y encantas:
No son perfecciones tantas
Para un amador vulgar.
Engendra el prado florido
Emociones deliciosas,
Cuando de lirios y rosas
Se corona su verdor.
Pero la altiva montaña,
De erguidos cedros vestida,
Con mayor placer convida
Al suspenso espectador.
Así, Aurelia, tu hermosura
Mis afectos señorea,
Y mi corazón se emplea
Solamente en respetar.

En sí mi amor satisfecho,
No anhela por otra suerte
Que la de adorarte y verte,
Y de inmolarse en tu altar.
Yo á desafiarte me atrevo
A una seña tuya solo
La eterna nieve del polo
Y el fuego del ecuador:
Al golfo mas irritado,
A la borrasca mas fiera
Por servirte no temiera;
Que á nada teme el amor.
¡Oh si me fuera posible
Hurtar el néctar sagrado,
Que el bello jóven robado
Ministra al rey celestial!
¡Cuál osando arrebatarle
En tus labios le pusiera,
Y, Aurelia mia, dijera,
Por mi serás inmortal!

IDILIO.

EL ARA DE ROSELIA.

Al tiempo que la aurora rubicunda
En busca del esposo malhadado
En argentadas lágrimas inunda
El alto monte y el humilde prado,
Roselia hermosa, en soledad profunda,
El rostro de tristeza marchitado,
En llanto con la aurora competia,
Y en llanto y en belleza la vencia.
Mueve el aura ligera sus cabellos
Sin orden por los hombros esparcidos,
Y á la amargura de sus ojos bellos
Responde el sordo bosque con gemidos:
Bajan los lirios los altivos cuellos,
Del pesar de su ninfa doloridos,
Y asiendo el ceñidor, que suelto ondea,
Mírala Amor, y en verla se recrea.

Y aquel de dura piedra dios formado,
¡O de madre crüel mas crüel hijo!
Viendo el tinte de rosa desmayado
Al lento embate del dolor prolijo,
Por la primera vez lloró apiadado,
Y á la pastora sollozando dijo:
«¿Porqué lloras, Roselia? ¿quién aleve
Tu tierno pecho á maltratar se atreve?
Yo no te he herido, hermosa: que mi mano
A golpe tan atroz no se ha atrevido;
Mas si fué tan dichoso algun humano
Que de tu amor triunfara sin Cupido,
No llores mas, ¡o pastorcilla! en vano,
Que luego aquí te invocará rendido,
Y al fuego de tu amor nuevas centellas
Haré verter al sol y á las estrellas.»
A cuya compasion inesperada
La vista inclina la zagala hermosa,
Y lanzando una lánguida mirada,
De Amor la mano estrecha temerosa:
Y «No (le dice) de tu harpon tocada
Me ves, divino niño, así llorosa;
Mas el rigor del inclemente hado
De toda mi ventura me ha privado.

Cual un rayo, infeliz! del crudo Averno
Salió la muerte, y me robó en un día
Un caro padre y un hermano tierno,

Sola familia y esperanza mia ;
 Y pues ya condenada á llanto eterno
 Me quiere en tal rigor la parca impía ,
 Miserá , desolada y sin arriño
 Mi suerte cumplo , y sin consuelo gimo. »

« Pastorcilla inocente , Amor le dice :
 ¡ Qué pronto curaré tu desventura !
 Antes que el sol al declinar matice
 Las nubes de su varia bordadura ,
 De Licon en el tálamo felice
 Te inundará , zagala , la dulzura :
 De Licon , que en riqueza y gallardía
 Goza deste confin la primacía. »

Dice , y resplandeciendo en lumbre viva
 Sublime vuela entre la tierra y cielo ,
 Como tal vez exhalacion estiva ,
 Que en roja y blanca luz borda su vuelo :
 Ya sobre el soto de Licon arriba ,
 Que cazando vagaba sin recelo ,
 Un dardo envuelto en fuego le dispara ,
 Que al brillo del relámpago igualara.

Súbito á la memoria se presenta
 Del bello jóven la infeliz pastora ,
 Y una inquieta piedad experimenta
 De amor mas dulce , dulce precursora :
 Crece la oculta llama , mas violenta
 Cuanto la causa del ardor ignora ;
 Y sin saber que Amor ya le domina ,
 En busca de su amada se encamina.

Guiá el Amor sus pasos : y ¡ qué ciertos
 Los pasos siempre son que el Amor guia !
 Camina alegre , y los vecinos huertos
 Con miradas solícitas espía :
 Luego le finge engaños encubiertos
 Su trémula y bullente fantasía :
 En fin , mira á su amada , y se retira ,
 Y otra vez vuelve , y otra vez la mira.

Mira el desmayo del semblante hermoso ,
 Y la desgracia en él mira pintada ,
 Y la centella de su amor piadoso
 Ya brota en claras llamas exaltada :
 Ya se conocé amante ; y victorioso
 Amor le hace postrarse ante su amada ,
 Y del amor brillándole el semblante
 Solo dijo : « Roselia , soy tu amante. »

Ella mas admirada que amorosa
 La vista en él fijó , cuando Cupido

Un beso imprime en la garganta hermosa ,
 Que de ligero fuego va embebido :
 Torna al labio el carmin , la leve rosa
 A las mustias mejillas ; ya encendido
 Se le dilata el pecho , y son estrellas
 Las dos antes nublosas luces bellas.

Venciste , Amor , y en brazos de himeneo
 Roselia con Licon se goza unida :
 Vuelan las negras penas al Leteo ,
 Y alza un ara al Amor , do el dios de vida
 Ciñe en lazo de rosas por trofeo
 Un mundo , y esta letra allí esculpida :
 « Amor es solo , o míseros mortales !
 Solo Amor es remedio á vuestros males. »

ODA.

LA DIOSA DEL BOSQUE (1).

¡ Oh , si bajo estos árboles frondosos
 Se mostrase la célica hermosura
 Que ví algun día de inmortal dulzura
 Este bosque bañar !

Del cielo tu benéfico descenso
 Sin duda ha sido , lúcida belleza :
 Deja , pues , diosa , que mi grato incienso
 Arda sobre tu altar.

Que no es amor mi tímido alborozo ,
 Y me acobarda el rígido escarmiento
 Que ; ¡ o Piritôo ! condenó tu intento ,
 Y tu intento , Ixion.

Lejos de mí sacrilega osadía :
 Bástame que con plácido semblante
 Aceptes , diosa , á mis anhelos pia ,
 Mi ardiente adoracion.

Mi adoracion y el cántico de gloria
 Que de mí el Pindo atónito ya espera :
 Baja tú á oirme de la sacra esfera ,
 ¡ O radiante deidad !

Y tu mirar mas nítido y suave
 He de cantar , que fulgido lucero ;
 Y el limpio encanto que infundirnos sabe
 Tu dulce magestad.

(1) Las estrofas de esta oda son inventadas por el autor : su artificio consiste en formar con un esdrújulo el hemistiquio de los dos versos primeros , el tercero es un sáfico , el cuarto uno corto y agudo ; el segundo miembro de la estrofa tiene la misma cadencia , y los consonantes se enlazan de modo que forman entre los dos un periodo poético , que agrada por su novedad y aun por su estrañeza.

De pureza jactándose natura,
Te ha formado del cándido rocío
Que sobre el nardo al apuntar de estío
La aurora derramó;

Y escelsamente lánguida retrata
El rosicler pacífico de mayo
Tu alma: Favonio su frescura grata
A tu hablar trasladó.

¡O imagen perfectísima del orden
Que liga en lazos fáciles el mundo;
Solo en los brazos de la paz fecundo,
Solo amable en la paz!

En vano con espléndido aparato
Finge el arte solícito grandezas:
Natura vence con sencillo ornato
Tan altivo disfraz.

Monarcas, que los pérsicos tesoros
Ostentais con magnífica porfía,
Copiad el brillo de un sereno día
Sobre el azur del mar:

O copie estudio de émula hermosura
De mi deidad el mágico descuido;
Antes veremos la estrellada altura
Los hombres escalar.

Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento
Ya las alas del céfiro recibe,
Y al pecho ilustre, en que tu númen vive,
Vuela, vuela veloz;

Y en los erguidos álamos ufana
Penda siempre esta cítara, aunque nueva;
Que ya á sus ecos hermosura humana
No ha de ensalzar mi voz.

ODA

A LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA.

Si alguna vez del cielo
Mi espíritu encendió llama sagrada,
Y giró en presto vuelo
Mi mente sobre el viento arrebatada,
Hoy aliento mas pio
Baña en celeste ardor el pecho mio.

No tu númen imploro,
Moradora profana de Helicon;
La que en celeste coro
Ciñe de estrellas inmortal corona,
Amorosa ya inspira

Divino fuego á mi templada lira.

Por la anchurosa tierra
El eco vuela de mi alegre canto
A quien vence sin guerra
Y al orco lanza el congojoso llanto:
Del ocaso al oriente
Su triunfo aplauda la cautiva gente.

Ved, mortales, la aurora
De ventura y salud, que sin mancilla
Nace ya precursora
Del Sol divino: como al Indo brilla
Tierna luz, centellea
En las floridas cumbres de Judea.

Cual mísero piloto
Que cercado de horror en noche oscura
Al ímpetu del noto
Juzgó su vida y nave mal segura,
Con gozo repentino
Ve quieto el mar y el cielo cristalino:

Tal os nace gloriosa
La que el escelso formador del cielo
Escogió por esposa
Cuando bordaba el estrellado velo,
Y en eterna armonía
La fábrica del orbe disponía.

Cuando al sol adornaba
Los vivíficos rayos, y el lindero
Su diestra señalaba
A las hinchadas olas del mar fiero,
Y á su présaga mente
En ella se gozaba dulcemente.

Por su reina la aclaman
Formándole diadema las estrellas,
Y de su luz se inflaman
Despidiendo de amor blandas centellas:
Raudales de contento
Inundan el lumbroso firmamento:

Y dimanando al mundo
Grato destello del celeste gozo,
Yace en placer profundo
El mortal soñoliento de alborozo,
Que en gozar embebido
De sí mismo reposa en el olvido.

Tal plácido arroyuelo
Se desliza entre cándidas arenas,
Dando frescor al suelo;
Y con luces que al sol copia serenas,

Brilla graciosamente
 El oro en su pacífica corriente.
 Sus furoros mitiga
 El alterado golfo; y su riqueza
 Largamente prodiga
 Con mas fecundidad naturaleza;
 Y manan los collados
 En arroyos de néctar desatados.
 Rie el prado, y de flores
 Súbito en bella pompa se enriquece:
 A sus tiernos olores
 El aura en dulces besos se enardece;
 Y muestran á porfía
 Cielos, mares y tierra su alegría.
 Solo el rey del Averno
 Serpentea con hórridos bramidos,
 Que del dolor eterno
 Rotos ve ya los vínculos temidos,
 Y al fuerte impulso abiertas
 De horrendo bronce las inmensas puertas.
 Y mas al mirar gime
 Patente ya la célica morada
 Y que airado no esgrime
 El serafin flamígero la espada;
 Que nuevo Eden de vida
 A delicias sin término convida.
 Mas ¿dónde, lira mia,
 Dónde tu dulce admiracion te lleva?
 Deja ya la osadía
 Que á estraña de un mortal region te eleva;
 Y en humilde reposo
 De amor goza el silencio delicioso.

ODA

A LA MEMORIA.

Hija del cielo, bella Mnemosina,
 Que de Jove fecunda
 Diste la vida á Clió en la colina
 Que eterna fuente inunda;
 Si ya algun dia te adoré en el ara
 Que el pincel sobrehumano
 Del vencedor de Apeles te elevara
 En el jardin Albano;
 Báñame, ¡o diosa! en tu esplendor risueño
 Que abrasa y no devora,
 Y, rico de tu don, mire con ceño

Cuanto Cresos atesora,
 Tú, diosa, de purísimos placeres
 Aurora eres divina:
 Tú en las desgracias y tristezas eres
 Celeste medicina.
 Por tí se goza el adalid dichoso
 En su pasada gloria,
 Y bajo sus laureles orgulloso
 Ve durar su victoria.
 Por tí el amor sus triunfos eterniza,
 Y en lazo permanente
 Aprisiona el placer que se desliza
 Cual rápido torrente.
 Por tí á los campos vuelo de la aurora,
 Y el Indo nacer miro,
 Y á par de la quadriga voladora
 Por cielo y tierra giro.
 Tú, la muerte venciendo y las edades,
 Reengendras las acciones,
 Y nuevo lustre al esplendor añades
 De gloriosos varones.
 Tú á los llanos de Egipto me arrebatas,
 Del saber clara fuente,
 Y sus altas pirámides retratas
 A mi atónita mente.
 Allá tu gloria, Salamina, veo:
 Tu campo allá se ufana,
 ¡O Maraton! con el feliz trofeo
 De la fuerza persiana.
 Ya escucho al vencedor de Trasimena,
 Y á tí por quien Cartago
 Vió trasladar á la africana arena
 De Canas el estrago.
 Ilustres héroes, de mi patria gloria,
 Aun hablais; y al oiros
 Del pecho lanza vuestra fiel memoria
 Tristísimos suspiros.
 Haz que mi nombre al número glorioso
 Eternamente unido,
 En ecos de la fama victorioso
 Burle el innoble olvido:
 Y brille, ¡o diosa! en tu mármóreo templo
 Donde mi Elisio brilla;
 Elisio á todos celestial ejemplo
 De virtud sin mancilla.
 ¡Ah! yo, si bien en su ribera ardiente
 El Niger me tuviera,

Sonar tu nombre , Elisio , eternamente
Sobre mi lira hiciera.

Y allí fuera feliz ; que si temores
Siempre al inicuo oprimen ,
Siempre colmas , o diosa , en tus favores
A un corazon sin crimen.

ODA

A LA NOBLEZA ESPAÑOLA.

Si mi dolor , ¡ o patria ! si mi llanto
Tu perdido poder bastara á darte ,
Ceñida luego del laurel de Marte
Te contemplara el orbe con espanto :
Mas , si negado fué tal poderío
Al triste llanto mio ,
Dame siquiera , ¡ o númen de la gloria !
Renovar altamente la memoria
Del claro honor que iluminó algun día
Los venturosos fastos de la España.
Quizá el claro esplendor de tanta hazaña
Deshaga el hielo vil que la osadía
De los hijos del Ebro ya aprisiona
Nacidos para asombro de Belona :

Belona , cuyo templo aun adornado ,
¡ O grande Hesperia ! ves de tus blasones ;
Cuyos muros aun muestran los pendones
Que el orbe todo veneró postrado :
Aun ves de tus dos mares las arenas
De mil rotas entenas
Cubrir al soplo airado de los vientos
Lanzados por el golfo los fragmentos :
Y del furor de nuestros padres vivo
Solo el nombre restar de dos Cipiones :
Y cuando en el valor de sus legiones
Plegar se jacta el Capitolio altivo
A sus leyes el mundo , su arrogancia
Y su ejército muere ante Numancia.

¡ O patria ! yo te admiro cuando en vano
Ciñó seis veces el ardiente acero ,
Y postrado yació de un bandolero
En tus campañas el poder romano.
O ya cuando aterró con propio estrago
Al héroe de Cartago
De Roma la aliada mas gloriosa ;
O cuando el gran Pompeyo apenas osa
Contener al proscrito que te guía.

¡ Despues de cuantos lutos , o senado ,
Tarde el laurel por el cipres trocado ,
Por tí Octavio clamara : « Iberia es mia !
» La primera provincia á mí agregada ,
» La postrera de todas subyugada . »

Y á tí , de Agar altivo descendiente ,
Que , la arenosa cuna abandonando ,
Tu dominio y tu error vas igualando
Al giro de los mares de occidente ,
¡ Ay ! á España te llama fácil Marte ,
¡ Incauto ! por burlarte ;

Do las Navas caer tus fuertes vean
Que con sus rotos huesos aun blanquean ;
Y en sangre rojo el campo del Salado ,
De tu ignominia eterno monumento ,
Ya cercado te anuncie el vencimiento
Solo por tantos siglos dilatado
Para que en Asia y Africa pregones
De la España los ínclitos varones ;

Y digas como el fulgido estandarte
De la victoria enarboló Pelayo ,
Y la nube que encierra el fiero rayo
De los montes empieza á amenazarte :
Y como de las árabes cuchillas
Ya libres las Castillas ,
Son sus muros los montes Marianos :
Hasta que entregas las cautivas manos
Al héroe santo que vencido adoras ,
Aunque por él los fértiles collados
De Turdetania arrebatarte lloras :
Y tu postrer anhélito en Granada
De otro Fernando falleció á la espada.

Entonces , ¡ o virtud ! del alto cielo
Con mano liberal tus sacros dones
Derramaste en los claros campeones ,
Ultima gloria del hispano suelo :
Se estremeció la Europa , y casi esclava
Sus pueblos ya enviaba
Bajo el yugo español ; mas al domarlos
Faltó á Filipo el ánimo de Cárlos.
Entonce un dios en ignorado mundo
A Pizarro y Cortés rindió sus puertas
Y la luz viste , América ; y abiertas
Las hondas venas , que en ardor fecundo
De preciado metal adorna Febo ,
Reinó en dos mundos quien reinó en el nuevo.

Tú , Belgio funeral , region de espanto ,

Tumba fuiste á tan alto poderío :
 En tu campo, ¡o dolor! se apagó el brio
 Que elevó al español á imperio tanto.
 ¿Dónde está tu altivez, ¡o patria amada!
 Que otro tiempo cercada
 De aquella siempre indómita nobleza,
 Cual desde muro de inmortal firmeza
 Burláras los contrarios escuadrones?
 Entonces solo sin vergüenza pudo,
 Rojo en sangre enemiga el fuerte escudo,
 Del valor ostentar los galardones;
 Y eterna execracion fué prometida
 Al que no supo despreciar la vida.
 Ya tu nobleza al lujo abandonada
 Fiera de un vano honor, de oro sedienta,
 Cual mercenaria á Marte se presenta,
 Con laurel otra vez solo premiada,
 ¡Sangre del vencedor de Garellano,
 Y del que sobrehumano
 Dió acero contra el hijo! arde y derrama
 En tu progenie del honor la llama.
 Así al leon altivo breve injuria
 Tal vez la selva vió sufrir; mas luego
 Sacude el cuello, ruge, vivo fuego
 Lanza la atroz mirada, y en su furia
 El bosque reconoce amedrentado
 De su rey el valor nunca postrado.
 Arded por gloria, gremio esclarecido;
 Buscad, jóvenes claros, los combates;
 Y el pueblo os seguirá, que á los magnates
 En vicio y en virtud siempre ha seguido.
 Así el que rije el fulminante carro,
 Competidor bizarro
 De los rayos del rey del firmamento;
 Y el que agita al bridon, hijo del viento,
 Y el infante que en órden arrojado
 Da y recibe la muerte; y el que humilla
 Al Ponto airado en victoriosa quilla,
 Te harán preciada al Támesis nublado,
 Te harán temida al Ródano profundo,
 Te harán, ¡o patria! adoracion del mundo.
 Vosotras, ¡oh! por el solar hispano,
 Sombras heróicas, encended el brio,
 Que el fuerte macedon en mármol frio
 Inspirar supo al dictador romano.
Amor de gloria al español se cante
 En la cuna ondeante:

Amor de gloria, que llevó algun dia
 El terror de su augusta monarquía,
 Lance la esposa de su dulce gremio
 A quien de amor cobarde pida el premio,
 Desguarnecida de laurel la frente.
 Heredero de un nombre de victoria,
 ¡Oh! ¡vuélvele, español, su antigua gloria!